

ARUNACHALA

La luz invisible



Cuaderno de Bitácora de un navegante espiritual

Silencio Interior

Escuela de Silencio

*A Anabel González.
que un día supo ver allí donde los demás sólo miran.*

Asato ma sad gamaya
Tamaso ma jyotir gamaya
Mrityor ma amritan gamaya

De lo irreal a lo Real
De la oscuridad a la Luz
De la muerte a la Inmortalidad

Brihandarayaka Upanishad

Arunachala

La luz invisible

Lo que buscas es anterior a ti: aquello que queda cuando la individualidad se ha disuelto en la nada. No es haciendo como se llega a tal estado “sin estado”, sino dejando de hacer y simplemente limitándote a ser. Sólo cuando no queda nadie que haga, *Eso* brilla. La individualidad es el obstáculo. Pero, ¿cómo eliminarse a uno mismo? Sólo es posible trascender semejante obstáculo disolviendo la propia individualidad en la identidad verdadera. Entonces *Eso* trasciende el tiempo y el espacio, los cuales no dejan de ser dimensiones humanas y por tanto mentales. *Eso Es* siempre y está aquí y ahora, pero la individualidad impide su percepción. No existe técnica que pueda alcanzarlo, tan sólo dejar de ser un ente individual disolviendo al yo-ego. Pero... ¿sería posible vivir sin un yo? ¿Quién plantea esta cuestión? ¿Quién soy yo...? ¿Qué soy...?

Avanzada la primavera del 2018 experimenté la llamada de Arunachala a modo de intuición. Ciertamente, llevaba tiempo echando de menos la Colina Sagrada, sin embargo en esta ocasión no vino en forma de nostalgia, sino como un mandato: “Ven en octubre, del 8 al 28”. Mi mente lógica y racional quiso imponerse: mejor en noviembre, hace menos calor, es mejor época... “No. Octubre, del 8 al 28”, fue la contundente respuesta. Así pues, cedí ante aquella imposición vivida en mi interior a través de una inexplicable intuición sin palabras.

Lo que más me extrañó es que no fuera la llamada del propio Ramana Maharshi, tal y como sucedió en anteriores ocasiones, sino que ahora era la misma Colina de Arunachala la que directamente demandaba mi presencia. Aquella misma montaña que, según la tradición hindú, se considera la encarnación del dios Shiva. Obedecí sin remedio y saqué el billete del avión. El impulso por volver a Arunachala, mezclado con la necesidad de permanecer allí por un tiempo más prolongado que la última vez, se impuso con una fuerza tal que superó a toda razón y lógica.

Con tal decisión tomada pasé un verano relativamente tranquilo, lleno de encuentros con antiguas amistades y pequeños viajes a los Pirineos franceses y a Bretaña, a ver viejos amigos. Por supuesto, continué con la práctica de la meditación, pero en el fondo de mi Corazón lo que más anhelaba era volver a India para sentarme en las entrañas de Arunachala y meditar en la cueva de Virupaksha, allí donde vivió el Maharshi durante diecisiete años, desde 1899 hasta 1916.

Sí, ha sido una llamada en toda regla, lo admito. Supongo que se trata de la misma llamada que han sentido otros tantos buscadores de la Verdad. Ahora no voy al reencuentro con Bhagavan, ahora el llamado es directamente de Arunachala, de Shiva. Quizás, antes también lo fuera, pero se personalizó a través del Maharshi. Es posible que haya tenido que aprender y comprender muchas cosas antes de estar preparado para esta experiencia, pero aún así me pregunto si en verdad lo estoy.

Jueves, 20 de septiembre – 2018

Tras cumplimentar la interminable lista de preguntas que componen el formulario de solicitud del visado a la Embajada de India, presento el documento tras abonar el excesivo importe demandado, el cual ha superado en más del doble al del año pasado. Supongo que más que un trámite burocrático se trata de un modo de aumentar los ingresos de divisas, máxime ahora que la India se ha puesto de moda. Sea como sea, como no es nada nuevo, todo el mundo sabe lo que esto es.

Una semana después, en el Equinoccio de otoño, podré recoger la documentación que me permitirá el acceso legal al país donde se encuentra Shiva en forma de montaña. Demasiado bien sé que no voy a India, sino al encuentro con Arunachala. Lo que ocurre es que Arunachala está en India. Esto lo tengo claro. Sé que no voy de viaje de turismo ni tampoco de placer. Es una llamada espiritual lo que me lleva a abandonar mi hogar y volar muy lejos.

Lunes, 24

Son las 11:30 h. Mi intuición me dice que acaban de hacer el visado. Esperaré hasta el jueves, tal y como se me indicó, pero sé que ya está hecho. Tan solo es cuestión de tiempo.

Miércoles, 26

No puedo aguantar hasta el jueves. Hoy se han dado las circunstancias, o tal vez las he creado, para acercarme a la oficina de los visados a recogerlo. En efecto, estaba concedido. Además, lo han hecho con una visa múltiple. Esto quiere decir que hasta el 19 de diciembre puedo entrar y salir de India todas las veces que quiera. Ha sido debido a la empleada que gestiona las solicitudes. “Como cuesta lo mismo, lo he solicitado así por si quiere volver”, expuso con amabilidad. La verdad es que no lo había contemplado, pero me agrada tener la posibilidad de poder volver con alguna oferta de vuelo de última hora.

No es un pensar en hacer o no hacer, sino un posicionarse directamente en la actitud de receptividad y sintonía. El pensamiento es demasiado denso en comparación con la sutileza de la consciencia. La consciencia está siempre. Lo que no hay es consciencia de la Conciencia. El sendero a recorrer es demasiado corto, tanto que no hay espacio para ningún camino.

No obstante, debido a los numerosos recovecos existentes y a la necesidad del ego por recorrerlos todos, las posibilidades de extravío en los múltiples senderos se acentúan hasta hacerse casi infinitos. Desde luego, no es necesario. Basta con encontrar el sendero que se adapte al carácter del practicante y, eso sí, recorrerlo hasta el final, o al menos hasta haber agotado todos sus recursos. No existe ningún camino mejor o peor que otro. Lo que mueve al ser humano a la búsqueda espiritual es la nostalgia por el Absoluto del que un día vino a este plano relativo. No se trata de algo nuevo a aprender, sino más bien de algo antiguo a desaprender.

Soltar... Cada vez más la idea de soltar conecta mejor con mi sentir. Soltar... Abrir las manos y el Corazón para dejarlo ir todo, incluso hasta el anhelo por *Eso*. Para así poder llegar a serlo todo desde el Todo.

Palabras y más palabras, unas detrás de otras, que tratan de expresar aquello que por su propia naturaleza es inefable. Silencio. Paz. Amor... Suenan bien, pero tan sólo me interesa aquello que da sentido a las palabras, la consciencia.

No quisiera finalizar esta nota en el Bitácora sin escribir algo que me topé hace muchos años, y ya por entonces resonó en mi interior. Se trata de una frase del Bhagavad Gita, el Canto del Señor, con la que Krishna concluye el capítulo 18:

“Permanece constantemente con la mente centrada en Mí”.

En esa instrucción está todo. ¿Qué más se necesita saber? Escuchar con el oído de la mente para sintonizar con el Ser, lo Absoluto, el Infinito, lo Eterno, Dios, Brahmán... Da igual el término empleado, pues en definitiva se trata de lo que *Es*, pero expresado de distinta manera. El nombre que se le quiera conceder a la percepción de *Eso* es indiferente, pues en la profunda intimidad, quien lo vivencia sabe de la no separación con lo que *Es*.

En lo Real no existe separación, tan solo la hemos imaginado. Y lo que es peor, lo hemos creído, con la tremenda carga de sufrimiento innecesario que conlleva. ¿Qué es posible hacer cuando la individualidad desaparece? ¿Quién queda que pueda permanecer “constantemente con la mente centrada” en quién o qué? Nadie. Nada. Tan solo espacio vacío, pero a su vez lleno de un inmenso potencial.

El Yoga con sus técnicas y tradición, así como las religiones, con sus rituales y ceremonias desaparecen en una densa bruma donde los colores, sonidos, texturas, olores y sabores... así como los propios actos, emociones y conceptos difuminan sus contornos para verse disueltos en el espacio vacío e infinito que al mismo tiempo los contiene.

Lunes, 1 de octubre

Los grupos de *Sadhana* han comenzado. Todavía no soy capaz de comprender de dónde saco fuerzas para repetir una y otra vez los mismos temas. Ciertamente, me encuentro en un punto álgido de agotamiento. Tan sólo un impulso compasivo, el cual no termino de averiguar dónde nace, me concede la fuerza necesaria para volver una y otra vez, y todas las que sean necesarias, a compartir con Amor aquel conocimiento que demasiado bien sé que puede ayudar a paliar el sufrimiento en los demás.

Ahora mismo, mi Corazón se encuentra más próximo al Jñana y Asparsha yogas que al Hatha y Radja yogas, los cuales considero trascendidos, pues han cumplido su función, aunque los continúe practicando y compartiendo. De nuevo la paradoja, siempre la paradoja. No es posible transmitir aquello que no se practica, que no se vive. No es lo que se sabe a nivel intelectual, es la vivencia que se transmite.

Esta es mi práctica, pero ¿es la de los demás? No. Ni tiene por qué serlo. Los demás necesitan el tipo de yoga que se adecúe a su nivel de vibración y por lo tanto de comprensión. Es el Yoga el que ha de adaptarse al individuo según su nivel de comprensión. Tristemente, el “yoguismo” –término acuñado por Feuerstein para definir ese tipo de yoga basado en el culto al cuerpo–, se ha puesto de moda, dejando de lado a la Ciencia del Alma que es el Yoga verdadero.

Confieso cierta necesidad por encontrar a seres en verdad interesados y por ello receptivos a este sentido auténtico del Yoga, a fin de poder compartir este sendero, el cual sería de carácter individual antes que grupal. Es preciso obrar en consecuencia. Sin embargo, en Occidente la enseñanza está institucionalizada en grupo. ¿Qué se puede hacer?

La transmisión siempre es individual, pero no todos están receptivos. El profesor imparte enseñanza a un grupo, sin embargo, el maestro transmite su estado a un individuo. Entiendo que es posible realizar ambas actividades –enseñanza y transmisión–, sin llegar a mancillar lo más puro.

Es el momento de dejar de ser un buscador para convertirse en un encontrador. Sin pretenderlo me he adherido a la imagen de buscador de la Verdad, pero se trata de una imagen más, como podía haber sido cualquier otra. Sea la imagen que sea, la identidad que sea, no deja de ser humo, pues está tejida con el entramado de *maya*, la ilusión.

Soy. Y nada más. No he de buscar nuevas identidades donde no las hay y saber que si aparecen, son falsas.

“No mente. Ser el Ser”. La instrucción aún flota en la memoria. Es preciso abandonar el juego del ego y la personalidad. Quizás a veces sean divertidos, pero no dejan de ser juegos. En el Ser no existen religiones ni tradiciones, tampoco rituales ni ceremonias, tan sólo hay pura dicha de existir. Todos los juegos han sido abandonados.

“El Radja yoga y el Jñana yoga se orientan hacia la liberación principalmente a través de la trascendencia y la transformación de la mente, mientras que el Hatha yoga aspira a la misma meta mediante la transmutación del cuerpo. En el Bhakti yoga, la fuerza emocional del ser humano se purifica y canaliza hacia la Divinidad. En este enfoque, la realidad trascendente suele concebirse como una Persona suprema en lugar de como un Absoluto impersonal. En este entorno se habla de comunión o fusión parcial con Dios en lugar de identificación total, como en el Jñana yoga”.

“La Tradición del Yoga”, Georg Feuerstein

Qué tan pocas palabras se necesitan para expresar los diferentes medios de relacionarse con lo Real, y que todos sean igual de válidos. De modo similar, Jesús también lo expresó: “Quien pide recibe, quien busca halla y a quien llama se le abre”, (Mateo, 7-8). Todas las religiones y tradiciones sapienciales apuntan siempre en la misma dirección.

La conexión con el Ser puede generar proyecciones mentales que originen una forma humana para la divinidad. Se trata del dios antropomórfico, aquél creado a imagen y semejanza del hombre, lo cual no deja de ser una proyección mental más. Semejante deidad con forma humana facilita la relación personal con lo Absoluto, aunque lo Absoluto sea impersonal. Tal relación aporta consuelo al sufrimiento innecesario provocado por el ego.

De este modo, la divinidad personal pasa a ser “alguien” con quien poder establecer una relación basada en la comunicación a través de la palabra, la cual puede tomar la forma de una imaginada conversación. Esta manera es diametralmente opuesta al Jñana yoga y el Asparsha yoga, en los que la relación personal es inexistente, pasando a ser un proceso directo de identificación en el que a través de la autorrealización se descubre la inexistente separación de la consciencia con la divinidad. Así pues, Real, Absoluto, *Eso...* no dejan de ser términos sinónimos de una misma realidad trascendente que mora más allá del cuerpo, la mente, el ego y la personalidad.

Miércoles, 3

Un cúmulo de despropósitos han provocado una innecesaria discusión con M... llegando a generar la ruptura de la relación. Puede ser que algunos miedos inconscientes hayan tergiversado ciertos actos y paralizado la comunicación. Sea como fuere, este desencuentro ha provocado un intenso e innecesario dolor emocional.

Y lo peor, ha creado una división entre los alumnos del Curso de Sadhana que se iba a impartir en Cataluña. La intensa hoguera emocional ha quemado prácticamente todas las posibilidades de llevarse a cabo. Cuánto lamento todo este sufrimiento innecesario, al margen del daño irreparable que se hace a la tradición del Yoga.

¿Por qué las relaciones humanas terminan convertidas en batallas de egos que luchan entre sí por alcanzar la supremacía? ¿Será posible en algún momento vivir al margen de tales enfrentamientos causados por la supervivencia de un ego ilusorio? Por fortuna, a la mañana siguiente han llegado mensajes de alumnos que han consolado mi entristecida alma debido al lamentable conflicto causado por un ínfimo desacuerdo. Parece inevitable, allí donde hay seres humanos siempre habrá opiniones diferentes y por ello desavenencias. Sin duda que al final el tiempo pondrá las cosas en su sitio. Chaplin lo expuso con precisión: “El tiempo es el mejor autor, siempre sabe encontrar el final perfecto”.

Jueves, 4

En relación con el viaje a India veo emerger diferentes miedos, los cuales me sorprenden en mitad de la noche impi-diéndome descansar. Siempre son los mismos: salud, alimentación, seguridad... Demasiado bien sé que atañen al Centro Instintivo, encargado de preservar el cuerpo. Se trata de temores que salen a la superficie antes de realizar el viaje a un destino lejano y por ello incierto, además del evidente contraste de civilización. Bien mirado, es natural que los miedos afloren. Uno tras otro les permito salir a la superficie del lago de la consciencia a fin de poder observarlos mejor. Tras un tiempo más o menos largo de examen termino por contemplar cómo se diluyen en el éter de la misma imaginación que los creó.

A fin de cuentas no dejan de ser otra cosa que proyecciones sin apenas fundamento. Son los temores naturales de un ego que, asustado por la incertidumbre, se llena de inquietud despertándose en mitad de la noche, sumergido en una intensa agitación por completo infundada, por supuesto, pero agitación al fin y al cabo. Ahora más que nunca es preciso permanecer en el Corazón.

Pero ¿cuándo no? Permanecer centrado en el Corazón es el trampolín hacia el Espíritu. Cuando sintonizo con *Eso* no queda espacio para el miedo ni la duda. Permanecer en el Corazón a través del Sí mismo es el fulcro hacia el Espíritu que habita en el interior de todo ser humano, a través del cual podemos sabernos hermanos. En verdad que la enseñanza es fácil. No puede ser de otra manera.

Es una evidencia: aquello que busco, que siempre he buscado, no está en los libros. Es preciso dejar de distraerse en la palabra. ¿Valdría decir extraviarse? Sí, porque sencillamente ahí no está. En la palabra, bien sea escrita o hablada, no hay nada. En los libros se puede comenzar la andadura, pero no se la puede continuar, y mucho menos se terminar.

Viernes, 5

De alguna manera, viajar a India es como vivir una muerte. Se muere al microcosmos creado día a día a fuerza de costumbre, hasta que un día, una decisión –en este caso, viajar–,

hace que uno se vea obligado a abandonar la zona cómoda, viéndose catapultado a miles de kilómetros de todo lo “suyo” y también de los “suyos”. Es decir, lejos del mundo habitual para recibir una catarata de impresiones nuevas, las cuales utilizadas adecuadamente terminarán por conectarle con su esencia. Así, el microcosmos personal, creado con tanto esfuerzo, desaparecerá sepultado por la ingente cantidad de nuevos estímulos.

Estoy convencido de que tal ruptura con la zona cómoda resulta muy positiva. Es excelente romper con la falsa seguridad que concede el medio habitual en que se vive en Occidente. Una apertura a impresiones nuevas es siempre sinónimo de abrirse a la vida para llegar a saberse ser esa misma vida que también se expresa por todo el planeta, ampliando la consciencia planetaria.

La experiencia, siempre la experiencia. De nada sirve leerlo o que se nos diga. Demasiado bien sé que aquello que busco no está en los libros ni en los demás. Sé que tampoco se encuentra en la India. Está en mí, en el despertar a un estado olvidado que sólo la experiencia puede proporcionar. Al hilo de lo expuesto mi amiga P... escribe:

“Que encuentres todo lo que necesite tu alma en Arunachala, o por lo menos que en estos días allí te permitan seguir tu camino con renovada felicidad, orientación y motivación. Y sobre todo, que a tu vuelta sigas ofreciéndome el regalo de tu cariño y amistad, que tanto valoro. Sabes que siempre tendrás los míos. Abrazo grandísimo”.

Respuesta:

“Querida P..., en la película “El filo de la navaja”, basada en la novela del mismo título, de William Somerset, hay un momento en que un personaje le entrega al protagonista (un buscador espiritual), un libro titulado: “Los Vedas”. Al verlo, el protagonista pone cara de asombro, mientras el interlocutor le dice: “Lo que usted busca no está aquí, pero su lectura le puede ayudar. Para encontrar lo que busca tendrá que ir a India. ¿Y qué hay allí?”, pregunta el protagonista. “Nada interesante, gente que reza tres veces al día”. Ahí quedó el asunto. Por supuesto, la historia –basada en hechos reales– continúa con la marcha del personaje a India.

Demasiado bien sé que lo que busco no está allí, ni en el Camino de Santiago, que tantas veces y con tanta devoción he recorrido. Tampoco en los monasterios. Está en la propia experiencia del viaje, la vivencia del ir y por supuesto, volver. De todos modos, no es necesario irse ni regresar para seguir contando con nuestro cariño y amistad mutua. Estamos unidos desde hace muchos años por un hilo invisible que va más allá de la distancia terrenal”.

Contestación:

“Querido E..., gracias por tu respuesta tan preciosa. Sí, la experiencia del viaje en sí es transformación y nos obliga a vencer la inercia, el miedo a la incertidumbre, a lo desconocido, a lo diferente, al otro, la tendencia a acomodarse...

Despertarse de vez en cuando en el otro lado del planeta es una experiencia que “descoloca” las certezas y los hábitos y por ello enriquece, o a mí me lo parece. Con mucho cariño, antes, durante y después de tu viaje”.

Domingo, 7

Los aeropuertos siempre me han parecido escenarios artificiales. Todos los escenarios lo son, pero el que decora los aeropuertos, al ser de plástico y luces de neón resulta más fácil descubrir su falsedad. Una mentira sumergida en la realidad transitoria de unos personajes fugaces, atrapados por un tiempo tan escaso como el que dura el embarque en el avión o el tránsito entre vuelo y vuelo. Decenas de vidas diferentes desfilan ante mí expresando una misma existencia que a todos hermana. Por supuesto, sin excluir al singular personaje que allí al fondo, apartado del grupo general, toma notas mientras mantiene una mirada observadora a su alrededor.

París, siempre París. Se me hace extraño estar en París y no pasear por sus bulevares, ver la torre Eiffel, sentarme en la terraza de alguno de sus cafés, pasear por los jardines de Luxemburgo, recorrer el Barrio Latino, o dejarme mecer por la belleza de las salas impresionistas del Museo de Orsay. Pero no, hoy no toca. El tiempo para el recuerdo y la melancolía es escaso durante el trasbordo de una terminal a otra del aeropuerto Charles de Gaulle, realizado bajo una intensa presión del tiempo lineal, ese que marca las agujas del reloj, y

por una lluvia pertinaz, acompañada de una luz plúmbea que inevitablemente me traslada de nuevo a les Champs Elysses para imaginar una fotografía tomada desde el interior de un vehículo que capte los reflejos rojizos de las luces traseras de los coches sobre el parabrisas, enfocando a las gotas de lluvia posadas sobre el cristal, mientras que la silueta del Arc de Triomphe se desdibuja en la bruma de la lejanía. Pero no, hoy la imagen sólo puede estar en la imaginación. La megafonía del bus que me transporta junto a casi medio centenar de personas de diferentes nacionalidades demanda toda mi atención. Voy a la terminal 2C, estoy en la F. De acuerdo, tranquilo, todavía queda trayecto. Mientras, permito que las gotas de lluvia de la ventana me devuelvan a la ensoñación fotográfica.

Son tantas las horas que dura el vuelo que da tiempo de sobra para hacer un buen montón de cosas. Desde dormir, pensar, recordar, ensoñar, proyectar... hasta jugar al ajedrez con el móvil, y por supuesto leer y tomar notas.

Leo la VI Enéada de Plotino, año 210 a.C. Reconozco que esta obra clásica me ha sorprendido gratamente. Jamás supuse que desde tan antiguo pudiera haber textos tan lúcidos y alejados de la religión que hicieran referencia a la unidad. Plotino habla del Uno con la naturalidad de quien lo ha experimentado. Da pautas que conducen a su vivencia y coloca al lector más allá de la mente y en el mismo centro de todas las cosas. Es una alegría encontrar textos antiguos que confirmen la visión espiritual de lo Absoluto.

¡Qué maravilla es volar! No deja de impresionarme la velocidad con que el ser humano se acostumbra a los milagros. La gente duerme sobre los asientos, indiferentes a la maravilla que están viviendo. Otros ven películas con cara de aburrimiento, la mayoría espera la siguiente comida.

El aire acondicionado del avión reaviva el enfriamiento con que salí de Madrid. No obstante, la intuición me hace saber que no hay motivo de preocupación. Combato el frío manteniendo la cabeza caliente con el gorro de lana rojo que tanto me gusta, quizás por ser el símbolo de los alquimistas.

Son las 14:21 h., hora de España. Sé que debiera adelantar el reloj tres horas y media para ajustarlo a la hora de Chennai, pero prefiero esperar un poco más. El Sol se ha puesto sobre el horizonte cuando sobrevolamos el extremo oriental de la península de Arabia Saudí, y aún quedan más de cuatro horas de vuelo hasta llegar a destino.

Esta mañana, cuando llegaba a París, he visto amanecer desde el avión. Por la tarde veo el ocaso de ese mismo Sol desde otro punto diferente del planeta. Lo cual significa que llevo prácticamente todo el día volando y lo que queda. Impresiona percibir la velocidad a que se desplaza el avión. Por debajo, la madre Tierra parece deslizarse con aparente lentitud. La dimensión temporal se disuelve ante la evidencia de su inexistencia.

Inevitables recuerdos acuden a mi mente, especialmente del año pasado, cuando fuimos el Grupo de Meditación al mismo destino. Pienso en las personas que se han marchado de mi lado. De alguna manera, las separaciones son sinónimo de muerte. Hay gente que viene a nuestra vida con inusitada fuerza y cuando se marchan dejan un vacío imposible de rellenar. Mientras que otros seres sencillamente desaparecen, dejando una estela en la memoria que con suavidad termina difuminándose en la bruma del recuerdo, igual que el trazo de una barra de lápiz pastel al que cada vez se ejerciera menos presión. Se marcharon mis padres, desaparecieron amigos, se fueron alumnos... A veces lo olvido, o mejor expresado prefiero no recordarlo. Demasiado bien sé que la vida de buscador espiritual transcurre en un marco de silencio y soledad, y que siempre hay que dar gracias a todos aquellos seres que, por un motivo u otro, por un tiempo más o menos largo, nos acompañaron en nuestro devenir. Sin embargo, ya no me siento en búsqueda. Siento como si esa etapa hubiese quedado atrás, como si se hubiese consumado. Algo debía hacerse y se hizo. Se buscó y se encontró. ¿Y ahora? Supongo que ahora, junto a la alegría del encuentro, queda el compartir tal posibilidad con los demás.

Releo lo escrito. Comprendo que la meditación se ha tornado en práctica de primera necesidad. Pero ¿de primera necesidad para quién? Quiero creer que es de primera necesidad para el hombre contemporáneo que vive desquiciado en una sociedad caótica. Pero también me pregunto si tal necesidad de meditar no es tan solo mía.

Lo cual me lleva a cuestionarme si no sería mejor “dejar al mundo correr”, tal y como decía mi padre. Sobre todo cuando observo el negocio en que ha terminado convertida la “Nueva Era”, con su oferta de productos espirituales para el bienestar físico y emocional. Entonces no puedo evitar sentirme invadido por una inmensa tristeza. Sé que no quiero estar ahí y me niego a que Silencio Interior sea considerada como un producto de consumo más para el bienestar. Quizás siempre ha sido así y sólo es ahora cuando me doy cuenta del inmenso negocio que se ha creado alrededor de la búsqueda espiritual y de la necesidad del hombre por lo superior. Puedo vislumbrar y comprender que ya era negocio incluso antes de que a finales del siglo XIX, Madame Blavatsky y los miembros de la Sociedad Teosófica, acuñaran el término “new age”.

Sabido es que al principio fue “new think”, pero al resultar demasiada dura la expresión a la hora de su pronunciación se la decidió cambiar por “New Age”, que resulta mucho más suave, y por ello más agradable. No lo sé. Pero, sí sé que no quiero formar parte de la parafernalia pseudo-espiritual que en la actualidad corre por todos los lados. Me niego a ser un vendedor de técnicas al calor de la búsqueda del bienestar físico y emocional. Apenas me quedan fuerzas para otra cosa que no sea dirigir mi escasa energía a la conexión directa con el Ser y dedicar los pocos o muchos años que me queden por estar en este plano a vivir con tranquilidad y alejado de la ridícula rivalidad y feroz competencia que tanto gusta al ego y la personalidad por ser más... Pero ¿más que quién?

Además, éste es tiempo de colaboraciones y alianzas, no de rivalidades y mucho menos de competitividad. A poco que una brizna de inteligencia aflore es posible darse cuenta de que las alianzas y la cooperación mutua engrandecen a todos. Por el contrario, la competencia y la rivalidad llevan a la envidia, la codicia, la ambición, y hasta al odio. ¿Es esto posible dentro de un marco espiritual? No, si en verdad es espiritual. Sí, si lo que se pretende es sacar adelante es un proyecto empresarial enmascarado de espiritualidad.

Aún resuenan en la memoria las palabras de aquella mujer que decía ser profesora de Yoga, pero que en realidad era empresaria, dueña de un Centro en... un lugar de Madrid de cuyo nombre no quiero acordarme, cuando al ofrecerla impartir meditación en su Centro respondió: “En mi Centro, la meditación la doy yo”. ¿Qué es lo que ella no ha entendido? ¿O qué es lo que no he entendido yo?

Presiento que este viaje me va a hacer mucho bien. Tomar distancia. Volver a Arunachala. Sumergirme en el silencio. Algo o mucho de soledad. La soledad me reconecta con la esencia, creo que la soledad reconecta con el alma a todos por igual. Aunque la soledad en un excelente sitio al que ir, pero un pésimo lugar para quedarse, esa misma soledad hace apreciar más, o en su justa medida, aquello que tenemos. A fin de cuentas, querer lo que se tiene es el principio de la felicidad, mientras que tener lo que se quiere es el principio del éxito. Por fortuna, con el transcurrir de los años el querer suele superar al tener.

Reconozco que cuando comencé a escribir éste Cuaderno de Bitácora lo hice cargado de expectativas con respecto al viaje. Apenas llevo un día, ni tan siquiera he llegado a destino, y ya han desaparecido todas las expectativas. ¿Y ahora qué? Ahora tan sólo me queda lo único seguro: el instante presente.

Hace rato que hemos terminado la cena. El Centro Instintivo se ha calmado. De repente parece como si todo estuviera bien, así de simple es la máquina en la que vivimos, pero que no somos. Un matiz de diferencia a tener muy en cuenta.

Miro por la ventanilla. Localizo a Marte brillando rojizo contra el azul marino profundo de la cúpula celeste. También, allá a lo lejos, sobre el suelo, veo diminutas luces intermitentes procedentes de alguna ciudad cuyo nombre desconozco.

Desde la ovalada ventanilla es posible comprender la escala y relatividad. El universo es demasiado vasto y el hombre demasiado pequeño. Una vez más aparece la relación entre macro y microcosmos. Sólo cuando se dispone de suficiente distancia es posible establecer escala para tener de una cierta relatividad.

Sobrevolamos Pakistán, hace poco dejamos la península arábiga. Resulta increíble que en un solo día vaya a recorrer lo que en la antigüedad tardaría mucho más tiempo del que voy a estar en la India. De nuevo la relatividad, antes en tamaño, ahora entre tiempo y espacio.

Los datos que muestra la pantalla informativa son escalofriantes: quedan 917 kilómetros para llegar. Tiempo estimado: 1 hora y 15 minutos. Temperatura en el exterior: -56° . Hora en Chennai: 22:34 h. Llegó el momento de cambiar las manecillas del reloj.

El vuelo está siendo tan largo que me ha permitido leer más cosas, como por ejemplo el *Amrut Laya*, la llave de la autorrealización, que escribió Siddharameswar, maestro de Nisargadatta y de Ramjit, quien me inició en el *mantra* durante su estancia en Madrid en 2006.

La verdad es que ni me acordaba que traía este texto en el e-book. Me encanta su relectura, recordar el olvidado eje de su enseñanza, que no es otro que el recuerdo de Sí. Retornar a la auténtica y común naturaleza a través de la permanencia en el Sí mismo, hasta llegar a comprender por propia experiencia que el Sí mismo o Atman es de la misma naturaleza que Dios o Brahmán, o el nombre que se le quiera dar.

Contemplado desde cierta perspectiva, el núcleo de todas las instrucciones espirituales coinciden en el mismo punto: retornar al Sí mismo. Parece una especie de secreto, aunque en muchas ocasiones tal instrucción se ofrece, pero queda soterrada entre otras cuestiones que corren en paralelo y que terminan por capturar la atención del practicante, ocultando la esencia de la enseñanza.

Esta reflexión me confirma lo que he venido a hacer a India. No me cabe ninguna duda: he venido para sintonizar con la consciencia a través del recuerdo de Sí y quedar estabilizado en la presencia de Ser, esencia de la búsqueda espiritual. Atman, alma, Sí mismo... términos sinónimos que señalan una misma dirección, aquella que en su momento encontré y es la que trato de compartir. Sin embargo, es poco fácil encontrar a seres en verdad interesados en este conocimiento... Esto que he escrito no es cierto. Cada vez hay más personas que se acercan en busca de la comprensión que se obtiene a través del despertar de la consciencia.

Morar en el Sí mismo no es cuestión de palabras, sino de ser. La consciencia de Sí es el puente que fusiona la materia con el Espíritu. Ser consciente de la Conciencia es el principio de la cuadratura del círculo de los alquimistas. Lo complicado sobreviene cuando uno trata de morar en el Sí mismo en la vida cotidiana. Por ello, lo más fácil es su olvido al proyectarse en el mundo exterior identificándose con la personalidad, creada en principio para proteger a la esencia.

A punto de aterrizar siento cómo la India me acoge. No puedo explicarlo de modo racional, pero las dudas desaparecen, las ideas se aclaran y comienzo a saber desde dónde actuar. Quizás, simplemente haya sido la jornada de silencio lo que me proporciona este estado. Sea como fuere, llego a India completamente entregado a Arunachala y a Ramana. Para ello decido abrirme por completo a la experiencia.

CHENNAI

Por fin, el avión toma tierra tras un vuelo que parecía no tener fin. Casi la totalidad del pasaje eran indios, la tripulación también, así como la decoración en el interior del avión y la limpieza, o mejor dicho: la ausencia de limpieza. Tengo la sensación de que ésta es “su” compañía para volar a Europa, mientras que Lufthansa es la “nuestra”.

Como niños buenos y bien educados, los indios apenas han molestado durante el largo viaje, incluso casi ni se han movido de sus asientos. Han pasado durmiendo o en silencio la mayor parte del tiempo, y cuando despertaban se dedicaban a ver películas, siempre de producción india. Todo el tiempo veían películas, una tras otra sin cesar. Aunque quedara poco tiempo para aterrizar les daba igual, comenzaban a ver otra. Da la sensación de que les resulta imposible parar de recibir impresiones.

El control de inmigración ha sido una auténtica pesadilla debido al tiempo de espera. Separan a los indios de los extranjeros. Para nosotros tan sólo había tres mostradores, mientras que para ellos, nueve. En un principio tenía sentido pues en nuestro avión eran mayoría de nacionalidad india, pero al mismo tiempo que nuestro avión ha llegado un vuelo de Japón y la proporción de extranjeros ha cambiado sensiblemente, pero no así el de mostradores.

A la salida, una vez realizados los trámites y formalidades burocráticas, era tan tarde que temí no encontrar mi nombre entre las decenas de carteles que sujetaban los conductores agolpados entre sí y que habían ido a recoger a sus clientes. Sin embargo, y para mi sorpresa ¡allí estaba!, a pesar de la hora tan tardía. Nombre y apellidos escritos sobre un enorme cartón. Pocas veces he sentido tanta alegría al ver mi nombre escrito.

A pesar de ser de noche hace un calor sofocante y algo húmedo. Recordaba que aquí hacía calor, pero no es lo mismo un recuerdo que la experiencia del presente. La India impresiona siempre, pero al ser de noche y acabar de llegar, tal primer impacto se lo vive multiplicado con intensidad. El conductor me ha dejado con la maleta en un punto determinado del aparcamiento con el suelo de arena y polvo por todos lados. Ha ido a recoger el coche de un lugar donde seguro que no tenía que pagar por aparcar. Es normal, ya sabía lo mucho que iba a tardar en salir.

El intenso cansancio del vuelo, acrecentado por la larga espera del trámite de inmigración y el calor húmedo han sido excesivos y tenía ganas de llegar. No sé a dónde, pero tenía ganas de llegar. Supongo que al hotel que había contratado por e-mail. Aún así, tal deseo no me ha impedido contemplar con ojos nuevos las calles desoladas por donde transitamos en mitad de la noche.

Avenidas anchas al principio que finalizan en calles más estrechas después. Calles de suburbios, donde los conductores de ricksows duermen en el interior de los vehículos. Hombres que también dormitan sentados ante sus puestos de venta para evitar ser robados. Calles y más calles que parecen solitarias pero que no lo están. Grupos de hombres hablan entre sí al cobijo de las sombras de las esquinas, mientras miran con recelo al interior del coche donde viaja un extranjero de tez blanca... La desolación de las calles va en aumento, siempre acompañada de la tenue luz amarillenta que las farolas impregnan a un paisaje devastado por una pobreza atroz que rompe el Corazón de aquel pasajero recién aterrizado que se atreve a contemplarlo abiertamente, sin el dulce filtro de una agencia de viajes.

Bastante avanzada la medianoche, a pocas horas del amanecer y en una ciudad desconocida, extenuado y dentro de un coche desconocido, oyendo música india que no comprendo, con un aire acondicionado que apenas funciona... uno se pregunta: ¿A qué he venido? ¿Qué espero encontrar aquí que no esté en casa?

No quiero olvidar la imagen de aquel hombre bombeando agua a mano. Iba acompañado de un niño desnudo de no más de seis años. Son más de las tres de la mañana... ¿qué hace un hombre sacando agua de una fuente pública a esta hora? Claro, ahora lo comprendo, puede que en su casa no la haya. Pero ¿por qué está el niño con él a estas horas? Quizás, no tengan ni casa, o sí... No lo sé... La velocidad moderada del taxi me saca de allí para llevarme de calle en calle, de barrio en barrio, de desolación en desolación, a un destino que desconozco.

Lunes, 8

Prácticamente agotado llego al hotel sobre las 3:30 h., ya hora local. Por fin puedo conectar el móvil al wifi y poner el prometido WhatsApp a N..., para informarla que el viaje ha ido bien.

Antes de retirarme a descansar contrato el servicio del mismo conductor que me supo esperar a la llegada al aeropuerto para que mañana me lleve a Tiruvannamalai. Por fortuna, consulté en internet las tarifas del viaje, por lo que al ofrecerme una tarifa algo más baja de lo esperado evité el clásico regateo. Por eso y por lo cansado que estoy. No estoy en condiciones de regatear, por mucho que me guste. También ha influido que el conductor me haya esperado más de dos horas en el aeropuerto, sin duda que se merece el servicio.

Entro en la cama tan cansado que no puedo conciliar el sueño, quizás debido al mismo cansancio. Paso casi toda la noche en un duermevela extraño, donde la consciencia no me abandona. Descanso, pero no desconecto. Además, percibo las vibraciones de las personas que han estado antes en la habitación, en la cama. Casi puedo ver sus caras y oír sus risas, sentir las relaciones sexuales, la codicia, la preocupación por la enfermedad, el miedo a morir... Primera noche en la India. Extraño todo: la cama, la almohada, el calor... ¡Ah! el calor. 30° grados a las 4:00 h. de la madrugada. Mañana va a ser espectacular.

Y la mañana llegó. En el desayuno, en vez del esperado: "Good morning, sir", me he encontrado con un: Are you from Australia? Se me había olvidado la costumbre que tienen los indios de preguntarlo todo. La pregunta me ha sorprendido y he sonreído. No sé por qué, pues tiene todo el sentido: India está bastante más cerca de Australia que de España.

Tras poner las notas al día y mientras llega la hora de partir me siento a meditar un rato más. Continúo percibiendo con intensidad la vibración de la habitación: sexo, risas, preocupaciones... La densa cortina de humanidad obstaculiza la conexión con el Sí mismo. Por fin lo consigo. Siento mi presencia, donde me quedo instalado por unos minutos. El tiempo se desliza con lentitud. Finalmente llega la hora. Cojo la maleta y me dirijo al vestíbulo a esperar al conductor que me llevará a la siguiente etapa: Tiruvannamalai

ASHRAM

Moher, el conductor, me ha asegurado que llegar a Tiruvanamalai en coche desde Chennai son cuatro horas, y el tío ¡lo ha clavado! Salimos a las 10 h. y hemos llegado a las 14 h. exactas. No he podido menos que felicitarle por su precisión. Por fortuna, la oficina de recepción del Ashram de Ramana Maharshi cierra para comer de 12:30 a 14:00 h. justo la hora en que llegamos.

Nada más ver la Colina Sagrada de Arunachala el corazón se me ha acelerado por la emoción. Por fin aquí, de nuevo. Nada más bajar del vehículo y poner los pies en el suelo del Ashram comienza a llover con fuerza. Como no hace frío, la lluvia resulta muy agradable. Es posible que esta lluvia repentina se pueda interpretar como una señal de bienvenida por parte de Shiva, o como un símbolo de purificación, o de cualquier otra manera. Ciertamente da igual lo que se pueda pensar. Lo cierto es que cayó un pequeño chaparrón nada más llegar al Ashram y por ello me siento agradecido y bendecido.